

# LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 centimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Martes 11 de Mayo de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0'25 centimos de peseta línea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem línea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NUM. 987.

Se suscribe en la Administración, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

Le Culte du Grand Architecte  
por  
**LÉO TAXIL.**  
3.<sup>a</sup> parte de  
REVELATIONS COMPLÉTES SUR LA  
FRANC-MAÇONNERIE.  
Se halla de venta en la Librería Católica,  
Puente 16.

## Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Florencio, y san Anas-  
asio, mr.

## SOBRE EL ANTIGUO RÉGIMEN.

VIII.

No hemos invocado la prudencia, como se  
hoy día, para mejor prescindir de sus lec-  
ones y escuchar las de la propia convenien-

Antes bien, por muy prudente y cuerdo, se-  
ntamos al doctor Sancho de Moncada, cate-  
ático de Sagrada Escritura en los tiempos de  
ipe III, que, tratando precisamente cuestio-  
s económicas, pronunció esta sentencia:—  
Hay ciencia de gobernar y así todo gobernador  
be estar prevenido para no gobernar por re-

Pero Sancho de Moncada añadió también, que  
remedio de España obliga en conciencia á  
en le puede dar:» de donde se deduce, que  
a resolver dichas cuestiones se necesita cien-  
y conciencia á la vez.

Con la ciencia transigen desde luego las cla-  
cultas; mas no con la conciencia, pues pro-  
stan que la Iglesia «no ha dicho una palabra  
cuestiones de mera administracion y de tecni-  
mo financiero,» y aun advierten que *es de  
grande interés*, para nuestra Santa Madre, que  
se tenga entendido.

No sabemos quién dió á *La Union* poderes  
a tanto; mas es lo cierto que al propio tiempo  
reconoce y confiesa que los llamados econo-  
mistas, *divorciando* su ciencia de la moral re-  
pública, han contribuido á ese espíritu positivista  
utilitario, que es la enfermedad grave que  
hoy á la humanidad; han justificado ó fa-  
vorecido medidas injustas contra la Iglesia; y han  
desviado de los auxilios de esta, *grandísimos*  
de éxito seguro, si se les secunda de buena

voluntad, para la pacífica solución del problema  
social;» enseña, sin embargo, «que ha sido cas-  
comun error de la prensa católica de España  
creer que solo puede y debe combatirse el socia-  
lismo desde el punto de vista *cristiano*;» y sos-  
tiene en consecuencia, «contra el parecer de ex-  
celentes publicaciones, que para combatir al so-  
cialismo se deben escoger las armas en el arsenal  
de la economía política, y dar solo un *secunda-  
rio lugar* á los argumentos teológicos y bí-  
blicos.»

No vamos á discutir nada esto: lo recordamos  
solo para fijar las respectivas posiciones. La de  
las clases cultas que *La Union* representa, es  
la misma de siempre, á fin de evitar que los prin-  
cipios y las teorías más respetables y reconocidas  
puedan sobreponerse al resultado de los hechos  
pasados. La nuestra es radicalmente contraria.

Lejos de someternos á la dirección de escuelas  
y sistemas que viven separadas de la fé, y que  
miran solamente, ó por lo menos de un modo  
primario, á los fines de la vida civil ó terreno;  
lejos de pactar alianzas con ellas, corremos á po-  
nernos frente de sus maestros, ya que no admi-  
ten más disciplina y honestidad de costumbres,  
que las que conducen á acumular y aumentar por  
cualquier medio las riquezas. Aunque la iglesia no  
hubiera pronunciado juicio acerca de este punto,  
siempre entenderíamos que la obligación de los  
escritores católicos no se contrae sólo á las en-  
señanzas que son propuestas como dogmas, sino  
que alcanza á concurrir en la medida de sus fuer-  
zas, á la hermosa obra de la cristianización de la  
ciencia.

Así la doctrina cristiana nos lo enseña, mien-  
tras la conciencia nos dice, que defendiendo la  
pureza de la fé católica en España, sin mezcla  
de ningun otro culto, defendemos también los  
principios tutelares en que descansa la sociedad,  
bruscamente atacados por el socialismo y el co-  
munismo que amenazan. Conste, sin embargo,  
que no somos nosotros solos los que imaginamos  
«triumfante el programa de la *Commune* de París,  
ó el de los internacionalistas y socialistas de Ale-  
mania y otras partes;» que no somos nosotros  
solos los que nos atrevemos á suponer «la pro-  
piedad, la familia, el Estado, despues de larga  
y sangrienta lucha, organizados por el estilo  
que pretenden los utopistas modernos.» Ahora  
ya es el Sr. Cánovas del Castillo quien lo imagi-  
na y supone, y quien, á los que se rien de esto,  
contesta: «que la destrucción de la *unidad reli-*

giosa parecia, en el siglo XVI, propósito de no  
menor importancia y trascendencia que en nues-  
tros días la del sistema social.»

Hé ahí por qué hemos dicho que vigente la  
Constitucion de 1876, con su tolerancia religio-  
sa, y vigentes las leyes desamortizadoras, nos  
parece difícil rechazar á los nuevos creyentes y  
á los defensores nuevos de la propiedad legítima,  
afiliados en *La mano negra*.

Si por fin, se llevó á cabo la destrucción de la  
unidad religiosa, que era un propósito de no mé-  
nos importancia y trascendencia que ahora la del  
sistema social (perturbado en su base por las le-  
yes desamortizadoras), por qué no ha de imagi-  
narse triunfante el programa de la Federacion de  
trabajadores y de *La mano negra*, y por qué  
no han de suponerse la propiedad, la familia y  
el Estado, organizados por el estilo que preten-  
den los afiliados de aquellas asociaciones? Razon-  
tiene el Sr. Cánovas.

Pero si él lo veía tan claro, desde las alturas  
del poder, en Diciembre de 1876, más claro lo  
puso todavía el gobierno del Sr. Sagasta, procla-  
mando en su decreto de 6 de Mayo de 1882,  
que «la preparacion necesaria para estudiar de  
una manera acabada y resolver acertadamente el  
problema de la vida social *falta por com-  
pleto*.»

A fuerza de impedir que los principios y las  
teorías más respetables y reconocidas pudiesen  
sobreponerse á los hechos, se llegó primero á  
considerar *igualmente* al principio religioso y  
á la libertad política; se avanzó despues á con-  
ceder solo un *secundario lugar* á los argumen-  
tos teológicos y bíblicos; y ahora ya hay que pen-  
sar en la hipótesis del programa internacionalis-  
ta, ó sea en la propiedad, la familia y el Estado  
organizadas por *La mano negra*.

A los vencedores de 1834 les faltan por com-  
pleto medios para resolver el problema de la  
vida social. O de otro modo: para la miseria que  
nos aflige no hay más remedio que la emigracion.

Ni Cánovas, ni Sagasta, ni Lopez Dominguez  
con Romero Robledo, ni Castelar con su posi-  
bilismo, son más que recetas para ir entretenien-  
do el conflicto que amenaza; y puesto que hay  
ciencia de gobernar, puesto que el remedio obli-  
ga en conciencia á quien pueda darlo; en vez de  
nombrar la prudencia, practíquese desde luego,  
distinguiendo con precision lo bueno de lo malo,  
para que todos huyan de lo malo y cooperen al  
triumfo de lo bueno.

Más claro: esos que enseñan que los auxilios  
de la Iglesia son grandes y de éxito seguro para  
la solución pacífica del problema social; esos que  
reconocen que los llamados economistas políticos  
han divorciado su ciencia de la moral religiosa y  
han favorecido medidas injustas contra la misma  
Iglesia, cesen ya de llevar la confusion á todas  
partes, aconsejando que para combatir el socia-  
lismo se escojan las armas en el arsenal de la  
economía política; concedan á la Biblia y á la  
Teología el lugar primero, y vénganse con nos-  
otros, aunque los principios y las teorías más  
respetables y reconocidos se sobrepongan de este  
modo (como no puede menos) al triste resultado  
de los hechos para restaurar en lo posible, todos  
reunidos, la economía católica de que dan ine-  
ludible testimonio los escritores é instituciones  
que produjo España en los siglos XV y XVII.

¡Paso, en una palabra, á la teocracia y al pre-  
leterariado hoy perseguidos!

A. M. DE L.

## LA VERDAD

Santander 11 de Mayo de 1886.

## LA DEL HUMO.

Con fecha 25 del mes próximo pasado de-  
cia nuestro augusto jefe en su carta á Vi-  
lloslada, lo siguiente:

«Afirmados con claridad y energía los impres-  
criptibles derechos de la Iglesia y los míos, invio-  
lables unos y otros en sus respectivas esferas, so-  
lo nos falta establecer y consolidar la más íntima  
union entre todos los que se agrupan á la sombra  
de mi bandera. El único modo de probarme efi-  
cazmente que corresponden al amor de padre con  
que yo los amo, es que todos ellos se abracen con  
real afecto de hermanos.»

Todos los periódicos tradicionalistas, lo  
mismo los que habíamos creído conveniente  
censurar la conducta política del Sr. Villos-  
lada, que los que habían permanecido silen-  
ciosos, escuchamos las palabras del Duque  
de Madrid con el respeto con que un buen  
hijo escucha los consejos de su padre, y to-  
dos, así lo creemos, y por lo que á nosotros  
toca así lo afirmamos rotundamente, se ha-  
llaban dispuestos á obedecer puntualmente  
la amorosa prescripcion del augusto dester-  
rado de Venecia, despues de haber dado ex-  
plícitas y espontáneas satisfacciones al se-

—425—

«¿llegaría yo á creerlo. No temo la muerte;  
oy dispuesta á aceptarla á cualquier hora....  
que esta felicidad es muy grande, es dema-  
para mi corazón, y me tiene embriagada y  
ardida. Y pienso si acaso habré correspondido  
si habré sido ingrata con Dios, que me la  
proporcionado tan sin mérito mio; temo no  
er dado bastantes gracias á Dios, que tan pró-  
de bondades se muestra conmigo.

—No, Clara; no hemos olvidado á Dios: por  
parte, cien veces al día le doy gracias y le ben-  
por sus dones.

—Tú eres mejor que yo, porque yo, lo con-  
no, no le bendigo bastante... Y luego, quisiera  
a todas las criaturas fuesen felices como nos-  
os y que se acabaran todos los padecimientos  
la tierra. Todo me sonríe; nadó en la abun-  
cia; pero pienso en los indigentes... Las no-  
es, querido mio, aun son frias; quizá hay in-  
unados que no tienen asilo, pobres viudas que  
pueden acallar los gritos que el hambre ar-  
ca á sus pequeños hijos, que piden pan y  
las no pueden dárselos... Tiburcio, no hace-

—424—

deseo que anhelas satisfacer?... Bien veo que te  
hallas privada de la compañía de tu familia; pero  
he escrito ya á mi madre, que vendrá á pasar con  
nosotros algunas semanas y endulzar tu soledad.  
Si quieres ver á tus padres, te llevaré á París.  
Ábreme tu corazón; te lo suplico, porque me afli-  
gen mucho tus lágrimas.

No me preguntes ni te aflijas. Soy feliz, nada  
deseo, ni sé porque lloro. La partida de mi madre  
y mi hermana me ha costado lágrimas, pero tu  
las has enjugado y ya estoy consolada. Me re-  
prendo mi ingratitud; pero mientras estás á mi  
lado, nunca podré creerme sola, pues eres tú pa-  
ra mí toda mi familia y mi vida entera. No estoy  
triste, ni siento hastío; pero tengo el corazón re-  
bosando de dicha, y estas lágrimas mías son las  
de una esposa feliz y dichosa, completamente di-  
chosa.

—Entonces, consuélate, porque tu tristeza me  
desespera... ¿Acaso te inquieta el porvenir?

—No; ningún temor abrigo; estoy llena de  
confianza. Sé que me amas; has jurado amarme  
eternamente, y aun cuando llegarás á olvidarme,

—421—

calmar aquella tempestad, no hubo otro remedio  
que levantar la sesión.

Los labradores al entrar en sus casas limpia-  
ron y cargaron sus escopetas. Los que no tenían  
armas de fuego, afilaron sus cuchillos, podaderas,  
horcas, etc., y se prepararon como para un com-  
bate.

VIII.

De vuelta al castillo, refirió estas escenas Nar-  
ciso con un tono ligero que atenuaba su trascen-  
dencia y gravedad.

—Están locos, dijo al concluir, mas locos que  
yo todavía.

M. Heurty le creyó sin dificultad y dijo á su  
yerno:

—Querido mio, es inútil que te estorbemos  
aquí por mas tiempo: ocho días enteros dedicados  
sin interrupcion á tu mujer, son ya distraccion  
suficiente. Es llegado el momento de empuñar  
el timon de los negocios. Si creyera que mi pre-  
LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. II. 70





